

Del progreso filosófico (*)

En términos generales, hoy, se habla, se escribe, se edifica, viaja, viste, come, cura al enfermo, mejor que en la antigüedad y cualquier tiempo pasado. Nuestro saber científico y técnico es inmensamente superior. Las altas formas culturales están progresando. Pero se pregunta ahora: ¿Cómo anda mientras tanto nuestro saber filosófico? ¿Puede decirse que sea también más amplio y válido? ¿Qué se filosofa más y mejor?

Por la ley indeclinable del progreso humano y por la otra ley de la evolución homogénea de los varios componentes culturales, parece haber de decirse que se filosofa también más y mejor. Hay con todo quienes tienen sus dudas al respecto, en vista de la barrera que le oponen a la filosofía el agnosticismo, el fenomenismo, el criticismo, el escepticismo, el materialismo. Les invade además a los tales la nostalgia de los siglos de oro de la teología y de la filosofía, con los venerables infolios del medievo y de los días de Suárez, mientras se extasían ante su magnífica consagración al trabajo, su gusto por la metafísica, su confianza en las fuerzas mentales y en la objetividad de nuestro conocimiento, sus disputas apasionadas como la controversia de los «universales» que dividió a la ciudad de París en dos bandos, como si se tratara de los bandos deportivos del presente. Cuando Kant negó toda posibilidad de especulación trascendente o más allá de la experiencia científica, dando por demostrado sernos inaccesible el número o la realidad como es en sí —dejándonos la realidad como es para mí—, se permitió la elegante ironía de presentar a la Metafísica, antes reina de las ciencias, llorando como la Hécuba de Homero su realeza y su prestigio irremediadamente perdidos. Declarada la filosofía en bancarrota, su suerte en pos de Kant se presta a juicios poco halagüeños.

(*) A esta lección inaugural (curso 1961-2 Loyola-Azpeitia) se le perdonará el que, dentro del tono académico y universalista del tema, descienda alguna vez a particularidades de las cuatro Facultades Filosóficas Jesuíticas: Alcalá, Comillas, Loyola, San Cugat, que después de todo sirven bien para el contraste entre los antiguos y modernos que se trata de establecer.

PLANTEAMIENTO

Ante todo, un planteamiento preciso de la cuestión: ¿Se filosofa más y mejor cuantitativa o cualitativamente? Existe hoy mayor población filosófica, pero ¿mayor intensidad y penetración? ¿Se filosofará más en la porción de la ontología y de la teodicea o sólo en las cuestiones históricas, jurídicas, culturales? Se produce más, se publica más, pero ¿se aquilata y se calibra más? ¿Puede decirse ni siquiera en broma que haya gusto por el estudio del ser en cuanto ser y de sus predicados más universales? Si apenas hay quien entienda esta conceptualización que llaman logomaquia? Se está discutiendo el tema del hombre, pero fuera del hombre y de su historia ¿se consienten altos vuelos sobre su origen y su destino? Mucha teoría del conocimiento, mucho problema crítico, pero ¿no es para quedarse ahí, sin osar pasar a las graves cuestiones de Dios, de Dios, de la Trascendencia, del alma? Mejores textos o manuales podrá haber, mejores profesores, más especializados sobre todo, pero ¿se le siente en parte alguna al agujón socrático? Si no hay confianza en los resultados de la filosofía ¿cómo cultivarla con fe y ahínco? Y menos con esos métodos sensistas, fenomenológicos, enemigos de toda elevación deductiva, y que van negando y destrozando la mitad o más de la producción que les precedió. Repitamos: habrá mucha población filosófica, mucha producción, mucha biblioteca y revistas, pero ¿no estaremos en el caso de que habla el proverbio de mucho ruido y pocas nueces?

Ninguno de estos gritos de dolor que exhalan los buenos amigos de la metafísica del siglo de oro ha de quedar desoído. Cada una de las preguntas de este párrafo debe quedar satisfecha. Y con datos estadísticos más que con frases y apriorismos.

LOS ANTIGUOS

Vamos a fijarnos en los más afortunados cultivadores de la filosofía, en los medievales que hicieron de su estudio casi su razón de ser. ¿Qué les faltaba para consagrarse a ella, para, como dice su nombre «filósofos», ser devotos incondicionales de su idolatrada Sofía? Libros de todo cuidado, con fe inquebrantable en el saber, sin las cortapisas de los problemas críticos que aún no se habían formulado, salud de hierro y fuerzas anímicas perfectas, empezaban las clases, el verano, a las cinco de la mañana, y el invierno, a las seis, para, durante las largas vigilias invernales, a la luz de un candil o de unas velas de sebo, enfrascarse en la lectura de sus papelorios... Nada tenían que pudiera distraerles: ni prensa, ni correspondencia epistolar, ni cine, ni discotecas, ni televisión, ni noticias deportivas, ni emisoras ni receptores, ni la interminable serie de festejos y espec-

táculos que han hecho del mundo moderno un carnaval perpetuo, ni este tráfico que trepidante pasa bajo nuestras clases y aposentos poniendo a prueba nuestros nervios. Orar y estudiar era su programa, aunque tampoco tanto que se les olvidase hacer deporte: jugando a los bolos, a las bochas, patinando sobre el helado Sena, o armando tumultos como en los días de Doña Blanca de Castilla, o fugándose de sus barrios a pesar de los carros que atravesaban en las callejas para cerrarles el paso, y otros primores «non santos» de que nos hablan las historias sobre todo de los artistas o filósofos, los más numerosos e inquietos de la grey estudiantil, los que dieron más pábulo a la literatura goliardesca y picaresca: sexo, juego, mero. Pero estudiar puede decirse que lo hacían, después de todo, como ocupación suya primordial e integral, no de solo fugaces horas robadas a la disipación moderna. Así salían luego aquellos mamotretos respetables que abarcaban la cuestión por los siete costados del trívio y cuadrívio: gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, música, astronomía, además de la alquimia, ciencias naturales e históricas, discutiendo de «omni re scibili». Cuando estudia uno el curso de la vida de Santo Tomás —con Suárez pasa lo mismo—, y ve el fluir monótono de su trabajar para el que la Orden le daba copistas y amanuenses, le eximía de algunos rigores de la Regla, le proveía de buenos compañeros de viaje y de caballerías, le hacía en suma objeto de mil atenciones, se convence de lo que estimaban aquellos medievales las catedrales de piedra por un lado y las doctrinales por otro. Tanto más, que la filosofía que se profese, depende —lo ha dicho Fichte— de la cocinera que se tenga, dando a significar que depende de la vida y costumbres del autor, de los manjares con que nutre su espíritu, del ambiente moralmente sano o corrompido que se respire. Y en tal sentido, aquellos maestros medievales, santos varios de ellos, levantados sobre la materia y endiosados por la fe y la devoción, para discutir metafísica, teodicea, ética, tuvieron una penetración mental poco menos que angélica.

Presentada así la cuestión, poco deja que desear. Es un cuadro ideal. Pero los cuadros como las medallas tienen también su reverso, sus fallos. Vamos a enumerar algunos. Ninguno de los grandes autores medievales: Lombardo, Anselmo, Guillermo de Auvernia, Halense, Buenaventura, Grossetesta, Alberto Magno, Aquino, Bacon (R.), Lulio, V. de Beauvais, Durando, Ferrariense, Cayetano, ni el renaciente Suárez cabe decir que fueran filósofos, al menos primariamente. Eran más bien profesores de teología. Lo que nos hace ver que sus fuerzas andaban dispersas y estaban mediatizadas.

Segundo: metodológicamente, empleaban en su filosofar modos poco puros, quiero decir, de grandes concesiones a la Revelación, a veces hasta en lo que una y otra iban por caminos, no opuestos, pero sí distintos, lo que en su día lo significará Ockham. Su manera de especulación se llama hoy teologismo, lo que envuelve cierta des-categorización de la filosofía o en otros términos ancillarismo (philo-

sophia = ancilla theologiae), frase del antidialéctico Pedro Damiano, y corriente entonces y aun ahora mismo más de lo que debiera. De dicha descategorización apenas se ha liberado aún. Hegel en su *Historia de la filosofía* pasó por alto la Escolástica, dándola por teología. Y E. Hartmann decía que la filosofía en sus días tenía de vida los años de la Grecia y los dos siglos que iban de Descartes a sus días: La Escolástica no contaba. Y en la «Société Française de Philosophie» (sess, 21-III-1931) se sostenía, que la filosofía de los católicos no es ciencia, sino algo prefabricado por el dogma y el Magisterio.

Pero vengamos a algo más formal y directo. Los Filósofos medievales poseían una biblioteca por demás elemental. Se conocen algunas personales por los inventarios conservados, pobrísimas como es de suponer, hasta el final del s. XII. Pero en el s. XIII, el gran siglo de la Escolástica, el Aristóteles entero, en su original griego, sólo llegan a poseerlo por los días de Aquino, y aun entonces en texto menos crítico, quiero decir, apenas compulsado, y accesible sólo a algún rarísimo grecista como Grossetesta († 1253) y sobre todo Moerbeke († 1286). Anteriormente, tenían un Aristóteles fragmentario, vertido al latín del árabe, a éste del sirio, a éste del griego, es decir, a través de tres trasvases sucesivos —recordemos la frase de Cervantes: que obra traducida es un tapiz visto del revés—. De los demás autores, se conocía poco. Algo de Platón, algo asimismo de los comentadores de Aristóteles como Simplicio, Temisto, Gramático, Afrodisias. Tuvieron también entonces parte de Proclo, de Tolomeo, Hipócrates, y no se diga al 'seudo-Areopagita, al que hacían contemporáneo de S. Pablo, cuatro siglos más joven de lo que era. De los latinos tenían a Boecio, Cicerón, S. Agustín su gran oráculo, S. Isidoro y algunos Padres más, pero ya de poco sentido filosófico. Y no se diga que cabe filosofar bien sin autores. Aquellos lo hacían leyéndoles —se llamaban lectores—, y comentándolos servilmente. Una exposición personal y suelta de la filosofía, con teorización más autónoma de la misma, en gran escala al menos, es de los días, muy posteriores, de Suárez.

Las ediciones llamadas universitarias que vinieron luego eran por demás primitivas para las exigencias filológicas de hoy. Sin imprenta ni intercambio mayor de ideas y pareceres de los varios doctos y centros entre sí, apenas llegaban a la fijación del texto, y no podían controlar lagunas e interpolaciones, las que por otra parte no faltaban. Carecían para ello de toda posibilidad de colación y compulsación cabal. Su erudición era de base floja, y flotante casi en el aire.

Vamos ahora a otros implementos que también faltaban. Era usual que los autores, en sus tratados, hicieran mil digresiones por todas las ciencias imaginables. Santo Tomás por ejemplo se explaya por la cosmología particular, hablándonos del cielo, de su constitución sólida, sus estrellas, planetas y cometas, estos últimos emanaciones de la tierra y pronosticadores. Para ello, partíase de los pocos libros que poseían de los astrónomos, médicos, geómetras, historia-

dores, naturalistas, de la antigüedad. Con esta agravante: los autores dichos, por falta de instrumentos apropiados para una observación conveniente, alcanzaron una ciencia rudimentaria. Eran de un tecnicismo incipiente, lo que, unido a que se les leía en ediciones o transmisiones poco fieles, hacía que comunicasen un saber o una física deficiente, con el resultado de una metafísica asimismo deficiente. Metafísica que «vi nominis» viene después de la física, μετὰ τὰ φυσικὰ y ha de estar basada en ella. Al menos la metafísica que decimos aplicada, y también parte de la metafísica primera o pura, v. gr., la que «a posteriori» busca las pruebas de la existencia de Dios.

Añadamos algunos pocos detalles de sus condiciones de vida. No había textos, sino cuadernos o folias, donde anotaban las prelecciones que oían; el recado de escribir era elemental, consistente en una pluma de ave y gruesas tintas corrosivas; el material escolar inexistente. Sentados con sus grandes sayales sobre un poyo o en duras banquetas —véanse los dibujos de la época—, sometidos al calor y al frío, o ahogándose entre el humo de las estufas, sin alumbrado apenas los meses de invierno. Era un trabajar durísimo. Tanto, que en el modo de impartir sus enseñanzas, se le trasparenta al medieval lo que le ha costado el aprendizaje, que le han entrado las letras con sangre —la letra con sangre entra—, cuando en buena pedagogía, el saber ha de entrar insensiblemente como el haz de luz clarificadora. El saber, con perdón de los tontos y de los que no disponen de medios, no vale por lo que ha costado, sino por lo que es e importa.

A la sola inspección de los términos, se ve que no es tanto lo que hay que envidiar a los medievales. Sin que valga decir, que los de la promoción Suárez fueran ya otra cosa. Pues que también Suárez fue teólogo; expresamente dice que escribe su metafísica para que le ayude en teología. Y en tiempos de Suárez, aunque se poseyera ya impresa la biblioteca de la antigüedad y del medievo en su parte filosófico-teológico-científica, era aún bastante deficiente en su texto. La crítica textual no había adelantado lo que hoy, ni creo que Suárez haya corregido filológicamente punto alguno de sus antecesores. Y desde luego, el teologismo seguía mandando como en sus mejores tiempos. Las condiciones escolares eran rudimentarias, y han seguido siéndolo hasta nuestros días.

LOS MODERNOS

Y ¿cómo estudian los de hoy? Vamos a empezar por los alumnos, para en seguida pasar al estudio moderno en términos generales. Lo de la disipación es un hecho palmario, un tópico. Todo se ha conjurado para acabar con los remansos que habíamos acotado para el estudio. Radio, cine, espectáculos, etc., según antes los enumerábamos. Vivimos inmersos en la vida de los sentidos y de impresiones, muy

lejos de aquellos islotes o jardines recoletos de Academos o del Liceo atenienses, o de los campestres estudios generales que recomienda Alfonso el sabio en las Partidas. El bullicio nos persigue; y donde él termina, las ondas sonoras y los aparatos de proyección vienen a continuar su obra perturbadora. Hay ya abundante y fácil literatura sobre el estrépito que está destruyendo nuestros escolasticados. Pero ¡cuidado, con exagerar! Un aforismo de la antigua sabiduría avisa oportuno: «Vitae, non aulae discimus!» Aprendemos para la vida, no para las aulas. Es decir, que so pena de incurrir en estériles academicismos, no se puede perder el contacto con la vida. Filosofar es pensar cosas: cosmos, Dios, hombre, historia, sociedad, moral, religión, lengua, arte, y pensarlas hasta sus últimas razones. Filosofía no es dialéctica, esgrima intelectual, agudo conceptualismo, sino elaboración de la realidad que se está viviendo, sintiendo, observando. Como el mitológico Anteo, el filósofo ha de sacar fuerzas de su adherencia al suelo, so pena de que levántandole en el aire le asesten el golpe fatal. De modo, que el contacto con la vida es imprescindible. Tendrá ello sus inconvenientes, pero también ventajas; habrá que saber conjugar unos y otras. Porque el poder de soledad, tengámoslo presente, tampoco es de todos, sobre todo al presente. Experimentalmente comprobado, será de un medio por ciento. Siendo ello así, ¿cómo se podría forzar los temperamentos, recluyendo a los jóvenes en un aislamiento absoluto! Ni creo por otra parte que fuera ello conducente. Los grandes científicos, los Nobel, desde Einstein acá viven en grandes urbes, muy dentro de ellas, y nadie dirá que no lleguen a concentrar su atención. Repito, que hay que saber conjugar a favor del estudio los inconvenientes y ventajas de la agitada vida moderna.

Nos dolemos de que la actual juventud estudiosa sea hija de generaciones que van enervándose. Mas los estudiantes forman excepción en todas partes. La razón es sencilla; pertenecen a una capa social que practica deporte y cree en la higiene. Se paga de la cultura física, y dan las estadísticas de los cuarteles que la juventud escolar, casi atlética, va entallándose mejor y ganando en resistencia. De que mentalmente sea más robusta, nada dicen las estadísticas, pero tampoco hay por qué negarlo.

Añado, que esta juventud dispone de un material escolar sin precedentes. No sonreir; que hemos de pasar a puntos más doctrinales. Aireación, luz natural y artificial, mesitas individuales, buenos encajados, buena acústica, insonorización, calefacción, clases con categoría de aulas, condiciones sanitarias perfectas. Todos los resortes visuales y auditivos se tienen en cuenta. Andan provistos de estilográficas, multicopistas, fotocopistas, tizas de colores, micrófonos, láminas escolares, máquinas de escribir. Sonrían si gustan, pero no dejen de pensar en las lóbregas clases de antaño, escribiendo los alumnos en papelotes que apoyaban en las rodillas a la vacilante luz de candiles o antorchas atufantes, «donde toda incomodidad tenía su asiento».

Establecimientos magníficos, monumentales o funcionales, con

buenos aposentos, higiénicos, abiertos al campo, ajuar moderno, agua corriente, servicio de baños, casa de campo, cobertizos, amplios corredores, solanas, terrazas, salones de recreo, campos de deporte, vacaciones en montaña, «camping» semanal. ¡Tan lejos se está de la «mens sana in corpore sano»!

Sus textos y libros de consulta son de presentación y tipografía excelente, tantos ejemplares como alumnos, diversidad de tipos y de divisiones de párrafos según mayor o menor valor de su contenido, índices varios, distribución metódica de materias, y elaborados por las mejores cabezas del ramo, en contacto por supuesto con el último tema que interesa, con programas trabajados por comisiones internacionales de doctos y profesores expertos.

Aquellos maestros que cogían al alumno en primero y le dejaban al terminar el tercer año —un profesor que explicaba toda la filosofía racional y que todavía han sido de nuestro tiempo—, ¿dónde están? Un cuadro de profesores para las seis asignaturas de la Sistemática; otro para las varias épocas de la Histórica; y otro tercero, para las ciencias auxiliares: antropología, pedagogía, textos, sicología experimental, metodología, física y química, etc. Cada parte de estas con los mejores textos posibles, nacionales y extranjeros, y el conjunto del claustro de 14 o más profesores.

La revista filosófica PENSAMIENTO que a la vez con otras Facultades hermanas sostiene la de aquí, por su fondo doctrinal, sección informativa, recensión de libros, regularidad de salida y amplia colaboración, fácilmente se concederá ser de las primeras del ramo en España. Y escriben asimismo en otras revistas y publican libros en la colección «Pensamiento» y fuera de ella. Asisten no menos a congresos del ramo.

REVISTAS Y BIBLIOTECAS

Las particulares de los alumnos, la de la Facultad, y las otras de la Casa, instaladas en amplios locales, ficheros onomásticos y sistemáticos que las acompañan, forman un combinado perfecto. Técnicamente no están peor. Reunen toda la producción filosófica de la humanidad, sin excluir la oriental, en sus mejores ediciones o colecciones. La moderna, según grupos nacionales. Recogen asimismo los comentarios de dicha producción no en su totalidad (!), pero sí entre los más significados. La Historia está en todas sus mejores obras extranjeras y nacionales, sin que falte una sola Historia de la Filosofía que valga la pena, o alguna de las buenas colecciones del mundo medieval. Los grandes científicos, a partir del renacimiento, van agrupados en sus obras completas, algunas de coste considerable. Unanse a ello los magnos instrumentos de trabajo: Además de los monumentales diccionarios etimológicos de las diversas lenguas, antiguas y modernas; además de los enciclopédicos de los varios países, sin omitir los del Islam y del pueblo judío y en sus últimas ediciones,

están los léxicos filosóficos —terminológicos y biográficos—, las grandes enciclopedias filosóficas, las vastas antologías filosóficas, con la ingente variedad de diccionarios —siempre de múltiples volúmenes y en sus últimas ediciones— bibliográficos, biográficos, del mundo clásico, del Estado, pedagógicos, psicológicos, científicos, sociológicos, de cuantas ramas del saber tengan conexión con la filosofía.

En la sala de trabajo, con mesa y estantería que entre sí hacen juego, vense revistas de distintas lenguas y países —más de 230—, que naturalmente importan estudios de la Sistemática, Histórica, Ciencias, los tres componentes que integran los estudios de la Facultad. Por ellas, se constituye esta de presencia ubicua y en Centro con ventanales de par en par abiertos a las corrientes del saber que circulan por el mundo. Trasmiten ellas la última inquietud de la investigación contemporánea. Lo que quiere decir, que clases y producción profesoral, en un momento dado, podrán hacer honor a los postulados de una Facultad que por su naturaleza y definición ha de sintonizar con los últimos avances del saber.

Lo dicho de las revistas, habrá que decir a su modo de los museos de historia natural, mineralogía, botánica, laboratorios de química, sala de la física, anteojos astronómicos, etc., Magníficos auxiliares de la enseñanza y el mejor acreditamiento de su prestigio.

SEMINARIOS

Para que no se envanezca nuestra técnica pedagógica, se ha dicho por ahí, que el aparato escolar instruye pero no educa ni forma, y que el joven moderno con sus sentidos y facultades inferiores bien despiertos, puede ser un perezoso mental. Llegamos a uno de los puntos neurálgicos y más instructivos de este estudio comparativo.

Conforme, en que el trabajo ha de ser personal, no de máquina calculadora. No cabe estudiar artificialmente y por delegación, y un joven técnicamente asistido y llevado en volandas, puede resultar intelectualmente atrofiado. Creemos con todo, que siempre lo será menos que en tiempos pasados. De esos tiempos pasados que quiso corregir o mejorar la última Constitución Apostólica de estudios «Deus Scientiarum Dominus» (1931).

Esta Ordenación deja entrever la especie o idea de que, en las heroicas disputas del régimen antiguo, alentaba bastante el memorismo estéril o si se quiere la repentización y la agudeza intelectual, que no es precisamente profundidad ni constructividad. Por eso, quitando el acento a las ruidosas disputas mensuales se lo ha puesto a los callados ejercicios de seminario. En ellos, con metodología que se ha cursado ya, aborda el alumno, ilusionado y con personalidad literaria propia, temas doctrinales o de investigación, casi bajo su cuenta y riesgo. Digo casi, porque la dirección del profesor nunca le falta.

Pero cuando el tema ha llegado a interesar, que es las más de las veces, hace gala de todo el caudal de sus conocimientos y de la productividad de que es capaz. Da al trabajo contextura de obra seria, y ésta por su parte le hace sentirse pensador y autor, lo que a los 23 años tampoco es ningún milagro. No aspira a la láurea doctoral, pero sí a una preparación a la misma. Prueba de ello que para su realización no le basta la biblioteca particular suya, sino que ha de acudir a la de la Facultad, y en ocasiones comprar libros o pedirlos prestados a otras bibliotecas, nacionales o provinciales. Libros que estarán redactados en diversidad de lenguas, vivas o muertas, porque la dirección de la Facultad ha provisto ya a su aprendizaje con los estudios clásicos y cursos lingüísticos de verano.

Tales ejercicios de seminario, con constructividad y tecnicismo más o menos pretensioso y logrado, se han censurado a veces como inspirados en una germanización de la enseñanza que se hubiera infiltrado en la «Deus Scientiarum», elaborada en buena parte por cerebros germánicos. Para los meridionales, resultarían excesivos. Pudiera ser que para muchos; pero donde se pueda, deberían mantenerse, si, como quiere la Sda. Congregación, los centros superiores de la Iglesia han de codearse con los seculares y dialogar con ellos. Pues si a los 24 años en que se termina la filosofía y a los 30 la teología, no se está capacitado para ello, ¿cuándo se estará? Un estudio del premio Nobel Oswald, y refrendado por Cajal, hace ver con datos que las mayores conquistas científicas se han hecho antes de los 30 años de los sabios en cuestión. A los 45, autores de nota dan por terminada la etapa creativa del hombre, el ímpetu propiamente creador, quedando para ulteriores años la etapa de maduración y de reconstrucción. Y ¿se querrá que en nuestras clases se trabaje a los 24 años pupilarmente, y en las de Teología a los 30 discipularmente?

Con lo dicho, al menos comparativamente quedan invalidados los cargos de memorismo y mecanicismo que se hacen a los presentes. En tiempos próximos a estos de ahora, en que apenas se estudiaban y desde luego nunca sujetas a examen varias de las disciplinas auxiliares que se cursan hoy —con el consiguiente dispendio de esfuerzo mental—, los ejercicios «doctrinales» que se hacían en nuestros colegios máximos eran discursitos de academia y disputas mensuales de gran aparato y duración. La disciplina mental y la productividad brillaban por su ausencia; el control metódico y técnico era escaso; aunque la repentización y los adornos literarios anduvieran bien servidos. Concediendo desde luego que con las antiguas disputas se lograba clavetear ideas, llegándose así a una solidez de principios y doctrinas, hay que convenir en que la solidez dicha resultó estanca, sin asomos de ningún saber progresivo y dinámico, como quiere la ciencia de hoy. Se terminaba la carrera a los 32 años habiendo dado muestras de magnífica receptividad mental, pero ¿productividad, creatividad?

Al terminar estos párrafos comparativos de los de ayer y de los

de hoy, evidentemente favorables a los últimos, ocurre advertir: Nos quejamos con frecuencia de que los alumnos de hoy estudian poco, o estudian sólo los últimos meses, o semanas antes del examen. Admitiendo que en cualquiera de las modalidades y sistemas pedagógicos el aprendizaje haya de ser personal, no artificial ni mecánico, tampoco cabe negar que el profesor, el programa, el manual, el local, la biblioteca, la dietética, las condiciones sanitarias faciliten el estudio: Y las múltiples ventajas pedagógicas, enumeradas poco ha, importan para el alumno de hoy economía de esfuerzos. Con menos tiempo y trabajo se llega a lo que los pasados llegaban. En consecuencia, a pesar de las asignaturas auxiliares que tienen que preparar y llevar a examen, disponen los alumnos de tiempo para holgar, seguros como suelen decir ellos que con un buen «sprint» salvarán la situación. El pintor antiguo se fabricaba él mismo los colores y preparaba las tablas y telas en que había de pintar. Hoy el comercio se lo da todo mejorado, y necesita solo ponerse a pintar, naturalmente en la mitad del tiempo de antes. Pudiendo la otra mitad dedicarse a pasatiempos. Es el caso del alumno de hoy, al que deberían abrirse cauces de actividad complementaria dentro del orden de sus estudios.

POBLACION FILOSOFICA

Ha aumentado considerablemente. Gustará verificarlo. Para unas cuantas escuelas que existieron en la antigüedad clásica: pre-socrática, platónica, aristotélica, dialéctica, cínica, escéptica, académica, estoica, epicúrea, pirrónica, neoplatónica, neopitagórica, radicadas en Mileto, sur de Italia, Atenas, Cirenense, Megara, Alejandría, Rhodas, Antioquía, Pérgamo, Roma, etc.; y para otras pocas que conocieron los medievales: Bagdad, Damasco, Basora, Cairo, Córdoba, París, Oxford, Bolonia, Padua, Nápoles, Praga, Tolosa, Salamanca, apenas hay ciudad importante de las centenares hoy existentes que no abrigue una universidad, una Facultad, un seminario con sus cuadros de profesores: Conozco tres registros de centros de estudios superiores que se publican periódicamente: el «Minerva» o «Jahrbuch der Gelehrten Welt» (Berlín, dos vol. y tres tomos, 1952, 1956), «The World of Learning» (Londres, 1 vol. 1961) y «Universities of the World» (Washington, 2 vol. 1950).

Siguiendo a estos catálogos y fijándonos sólo en los más representativos centros para nuestro caso, tenemos en España 12 Universidades; en Portugal, 3; Francia, 23; Italia, 27; Alemania, 20; Estados Unidos, 170 con 120 colegios universitarios; Canadá, 24; Méjico, 19; Colombia, 12; Argentina, 6; Brasil, 12; Africa del Sur, 5; Egipto, 2, Marruecos, 1; Indostán, 30; Australia, 9; China, 21; Japón, 71. En España hay, además, 61 seminarios más cinco Facultades filosóficas aparte; Francia tiene 91 y seis Institutos Católicos; Alemania, 47, etc. No se cursa filosofía en todas las universidades del mundo, pero sí en

muchas, y he verificado que en las principales del Japón, Osaka y Tokyo por ejemplo, hay profesores de filosofía en general, además de otros para las filosofías particulares de China, India.

El alumnado ecuménico que da este despliegue filosófico, se deja apreciar. Para su cómputo habría que multiplicar por diez, cien, mil, el número de la población filosófica de los tiempos pasados. Y dicho en forma pintoresca, sólo las alumnas de filosofía contemporáneas se acercarían al número de los alumnos de antaño.

Se me replicará que estamos en el imperio de lo cuantitativo. Cierto, pero tampoco hemos terminado. Lo que importa saber es que el filosofar es un hecho universal, un fenómeno humano, y florece entre los blancos, amarillos, y probablemente llegará a los africanos de tan gloriosa tradición filosófica: Alejandría, Cirene, Cartago, Plotino, San Agustín. No sólo es Loyola, sino todo ser racional —lo dice Bergson— el que pregunta sobre el principio y fin del hombre. Más o menos, filosófica o teológicamente, todos, están dando vuelta al enigma. Se identifican pues en no pocos respectos el mapa demográfico y filosófico.

PRODUCCION

Se deja imaginar por lo que acabamos de decir. Vamos a indicar primero en qué dirección va: Sistemáticamente va por manuales, desde luego, cada vez más perfectos, mejor elaborados, más al día, mejor resumidos y adaptados a la capacidad escolar, aunque indignos para los que los consideran como meros andadores para niños, y sostienen que enseñar es abrir horizontes al alumno para que por su cuenta vaya construyéndose su visión del mundo. Vienen luego los estudios de investigación doctrinal: nuevas teorías, interpretaciones, argumentos, reajustes, análisis, síntesis, avances, iniciación de nuevas corrientes, como la del existencialismo que ha anegado hace poco a Europa. Se investiga asimismo por escuelas pasadas, por autores conocidos o desconocidos, exhumando a lo mejor valiosos inéditos según ha ocurrido los últimos cien años con los cultivadores del medievalismo, que por cierto forman legión. Esta vuelta o torsión al pasado, no lleva trazas de remitir; siempre hay puntos y autores que revisar y revalorar, sobre todo sabiendo revolver archivos de catedrales y palacios viejos. Las revistas y colecciones referentes al medievalismo son múltiples, a veces aun sólo dentro de una nación, Bélgica, Alemania, Francia, que se han apresurado a desenterrar las glorias escolásticas de su pasado. El Congreso medieval internacional de Lovaina (1958) y los que le están siguiendo reúnen cada vez no menos de 300 participantes, seglares y mujeres no excluidos. La producción de que estamos hablando tiene ubérrimos cauces por la crítica filológica, histórica, ideológica, de lo que se escribió y de lo que se escribe, pues nada pasa sin ser examinado o recensionado, sobre todo si se

presenta con apariencias de filosofía seria. Este capítulo, tan considerable por su cantidad, da fe de que el diálogo filosófico es amplio y universal, y nada entra en el mercado intelectual sin antes valorarse bien en su fondo. Todo está sujeto a inmisericorde examen. Tampoco es despreciable el capítulo de ediciones de autores, de instrumentos de trabajo que se publican: Léxicos, diccionarios, antologías, bibliografías, biografías, cuanto concierne a una mejor inteligencia del saber filosófico actual y pasado.

Para comprobar lo que estamos diciendo, están los repertorios bibliográficos nacionales y universales que se publican periódicamente. «Pensamiento»-Madrid publica el correspondiente a la lengua española, que viene a dar una treintena de páginas, letra diminuta. El de julio-set. de este año 1961 suma 815 títulos. Su reunión en un vol. de 500 p. (Bibliografía Filosófica Española e Hispano-Americana 1940-58) por L. Martínez Gómez (1961) de 10.116 títulos. Cada nación, Alemania, Suecia, Argentina, etc., más o menos detallada y separadamente, publica su contribución filosófica. Italia, que no es la que más ha producido, ha editado una gigantesca bibliografía que comprende toda la suya a partir del siglo, 50 años, en 4 volúmenes: 398, 414, 380, 481 páginas respectivamente, con un total de 1.673 páginas. Pero la Lovaniense («Repertoire Bibliographique de la Philosophie») se encarga de dar trimestralmente en fascículos de unas 120 páginas una bibliografía filosófica universal, y es allí donde mejor se valora la densidad filosófica. Bien clasificada la producción, con múltiples divisiones de materias: primero, Histórica, con sus subdivisiones en épocas, siglos, personajes; luego, Sistemática o Doctrinal según su carácter más general o de las diversas ramas de la misma, se recoge casi todo cuidadosamente, llegándose en el último año de 1930 a 5.974 títulos, con varios millares más —no están numerados— de los correspondientes a las recensiones de obras filosóficas, lo que después de todo entra dentro de la actividad del ramo y del esclarecimiento del saber filosófico. De solo la filosofía india hay 43 títulos; del Budismo, aparte, 28; de la filosofía china y japonesa, 12. Sin que falte alguna que otra obra referente a la filosofía africana de los Bantu, y a la americana precolombiana, o si se quiere mejor, indigenista. Precedió a esta Lovaniense la gran Bibliographia Philosophica 1934-45 de G. A. De Brie (1950-4), dos vol., 48.178 títulos.

BARRERAS CRITICISTAS

Ante tal balumba de escritos, valdría poco hablar de una crítica despiadada que esté matando toda iniciativa mental, que acota campos, limita el saber al tema del hombre y de la cultura, porque bajo la bóveda del universo filosófico están debatiéndose todos los temas del pasado y del presente, los del ser (Heidegger), los de la verdad (Jaspers), los de Dios (Sartre). Lo que hace falta es decisión y saltar a la arena bien preparados.

El día de hoy nada se rehusa que sea antiguo, escolástico, judío o escita. Los amigos de la escolástica y de la metafísica que son muchos, discuten sus puntos de vista y con la misma consagración de antes. En el Repertorio Bibliográfico de la Lovaniense (1963), el Medioevo (empezando con San Agustín) tiene 512 títulos, y 243 la metafísica. Las «cinco viae» de Aquino, para poner un ejemplo, tienen su literatura, os lo dirá Descoqs. El Congreso Internacional IX de Filosofía (París 1937) que reunió a unos 800 participantes, profesores los más, llevó a su programa la cuestión de la Trascendencia. Nada repito está abandonado. Kant mismo en su negación de la atingibilidad de la realidad «como es en sí», está superado entre los no católicos, al menos para Max Scheler y Bergson. Entre los de una corriente u otra, revista y libros barajan, con las teorías modernas, ancestrales puntos medievales. Eso sí, los revisan, depuran, les hacen soltar la ganga que portaban. No hay apriorismo que valga; iba a decir que ni para los altos principios metafísicos. Pasa también, para explicarse esa impresión de unilateralidad que nos producen los modernos, que en la antigüedad todo era Dios, se era teocéntrico; y hoy se ha pasado a la suposición de que el hombre tiene doble ciudadanía, temporal y celeste, subordinadas entre sí cuanto se quiera, pero las tiene. Además del calendario eclesiástico, vige otro secular: científico, artístico, sociológico, económico, lo que a algunos les parece olvido de Dios. No lo es ni en los ataques mismos como los de Sartre, quien ha hecho correr alguna tinta teodiceica obligando a plantear mejor nuestros argumentos, sobre todo para los esclarecimientos de la simplicidad de Dios, «comprometida» en su concepto de la Sui-conciencia soberana. Hoy mismo J. B. Lotz sostiene amable discusión con Heidegger tratando de hacerle ver, que Aquino por la vía del ser mismo, no por logicizaciones o teologismos, ha podido llegar al en sí Subsistente.

Cmo diría Virgilio, por todas partes hay un zumbar de colmena: «Fervet opus, redolentque thymo fragantia mella».

CAMPOS DE ESTUDIO

Platón ponía tres partes en su filosofía: Dialéctica (metafísica), física, ética. Aristóteles su discípulo añadió la lógica formal o dialéctica, la psicología, política y en parte la teoría de lo bello o poética. Hasta el s. XVIII se siguió la división clásica, que Ch. Wolff había de configurar en las seis partes que desde entonces han prevalecido. Pero mientras tanto el saber por las últimas razones invadía nuevos campos: lingüística, sociología, arte, historia, religión, etc. Y como Aristóteles desglosó la cosmología o física de Platón, distinguiendo en ella la psicología como algo aparte, la erudición moderna ha desglosado en 21 partes o asignaturas el vasto saber filosófico. Con ello, no ha hecho sino lo que hace la cartografía en la corteza

del mundo: al principio, con Tolomeo, dió una delineación geográfica imprecisa; y según avanza la observación, la ha completado en Continentes y mapas particulares de dichos Continentes. Hemos de alegrarnos de que la filosofía vaya detallando sus dominios por todo el Orbe real.

Para el grandioso despliegue de las fuerzas filosóficas, sigamos a J. De Vries (Munich) en sus 21 divisiones de la materia —otros como Heinemann y el Diccionario filosófico Espasa Calpe ofrecen algunas variantes, pero importan poco—. De las 21 divisiones dichas, corresponden 11 a la filosofía Teórica (metafísica pura y aplicada); y 10, a la Práctica. La Primera se subdivide en: real, natural, racional o lógica; la Segunda en práctica de la actividad humana total, de la preferentemente externa o cultural, e histórica. Y tenemos para la Primera estos grupos: a) crítica, ontología, teodicea (3); b) cosmología general, anorgánica, biológica animal, antropología (4); c) lógica de las ciencias matemáticas, naturales, del espíritu (3). Para la Segunda los grupos son: a) fil. de la religión, de la moral, moral individual, sociología (4); fil. de la lengua, del arte o estética, de la técnica, de la economía (4); c) fil. de la historia (1).

Despliegue grandioso pero de fuerzas se ha dicho, porque es notable la actividad estudiosa de todas las distintas ramas, en un deseo de hacer filosofía, esto es, alcanzar la ultimidad y universalidad de sus puntos de vista. Recuérdese por ejemplo la bibliografía de Descogs en torno a la teodicea; o de la sicología pedagógica sólo en EE. UU., o de la matemática entre los colosos de las ciencias exactas: Poincaré, Meyerson, Einstein, Planck, Heisenberg, Gonthier, Bernays, Eddington; o de la estética en todas las latitudes mentales. Lo que es decir, que la filosofía está emitiendo flechas de luz a los cuatro puntos cardinales del ser. Flechas que son de profundidad, pues actúan desde las últimas razones de una realidad por 20 aspectos distintos escudriñada, apasionadamente investigada. Y representan el esfuerzo inmenso de la Humanidad asaltando con los últimos «porqués» los flancos todos de la problemática. Flechas o saetas que no son divergentes. Su primera convergencia las sitúa en las vías de lo Bello, de lo Vero, de lo Bueno. Todos los 20 sondeos luminosos —la Crítica no cuenta— tratan de abrirse paso o hacia la Belleza o hacia la Verdad, o hacia la Bondad; van o a sentir bellamente, o a obrar rectamente, o a saber veramente. Y podría venir un talento que, con titánico esfuerzo sintético, cogiendo las puntas o ultimidades de las 20 saetas, las enlazara en otra convergencia suprema, que seguramente sería la del Ser, Origen y Fuente de toda realidad, hoy tan audazmente negado por la filosofía existencialista:

Esa máquina gigante de la Filosofía con sus 21 piezas, varias pero entre sí conexas y convergentes en la ultimidad de la verdad que buscan, son una prueba elocuente de que el hombre está trabajado por un dinamismo interior que no le deja aquietarse, que le trae siempre en tensión hacia un Ideal que escribe con mayúscula, y que

seguramente no puede ser la Nada. Esa humanidad que tratadistas como De Vries nos pintan hecha un Sagitario que se dispara en 20 direcciones hacia la Verdad, es que está sometida a la ley de una gravitación de las almas formulada primero por Aristóteles que escribió: Dios mueve las cosas del mundo como objeto que se les hace o se les presenta de su finalidad y de su amor, *κινεῖ δὲ ὡς ἐρώμενον* y después por el gran Africano: «Fecisti nos ad Te, et inquietum est cor meum donec requiescat in Te».

METODICA

A lo largo de los tiempos, la filosofía ha ensayado todos los métodos imaginables, lo que por otra parte es natural, dado el número de enigmas que se la han ido planteando y la diversidad de temperamentos que han tratado de resolverlos: orientales imaginativos y conceptualistas del occidente, lo que es dar ya la primera división metodológica: partidarios de las imágenes los asiáticos y de las nociones los europeos. Vino luego entre estos últimos el método intuitivo-racional de Platón y el empírico-racional de Aristóteles. Los neoplatónicos y neopitagóricos optaron más bien por el místico. Los medievales en su mejor época, s. XIII, son aristotélicos. Pero con el renacimiento surge el gran problema del método, creyendo que habría uno que fuera la solución de todos los problemas del saber, el talisman de la ciencia. Tras un siglo largo de tanteos, preconiza Descartes el geométrico o deductivo racionalista. Los británicos quieren sólo el empírico; los de la Ilustración, el sensista; el commonsensista, los escoceses; el trascendental, Kant. Y luego en el s. XIX pululan los modos positivistas, vitalistas, emocionalistas, intuicionistas, fenomenología, etc. Variedad de estilos y maneras, pero ¿en qué está el mal? Una realidad como la filosófica, que comprende —lo acabamos de ver en los cuadros de De Fries— aspectos tan varios; científico, ético, histórico, matemático, lingüístico, sociológico, técnico, etc., tampoco cabe captarse con un único modelo. Aunque no sea más que por afinidad, habrá que hacer concesiones a cada uno de los métodos que practica esa variedad de saberes que acabamos de señalar como porciones de una gran filosofía dos veces décuple. Según se trate de esta u otra especialidad o rama, tiene que amoldarse ella a sus específicos modos de investigación y percepción. De una manera propia examina la realidad el esteta intuitivo, el matemático que maneja puras relaciones, el científico experimentalista, el psicólogo que registra los procesos de la interioridad, el eticista que consulta las costumbres de los pueblos, el político que examina las legislaciones del mundo, el botánico positivista. Y a su modo, se refleja ello en la consideración filosófica de la realidad en cuestión.

Pero vamos a los métodos más en curso para la filosofía corriente. Cada vez se está contrayendo ella a la experimentación, a la lectura

del fenómeno, a la patencia directa o indirecta, a lo inmediatamente atingible. Hay una desconfianza absoluta para la metafísica discursiva, más allá de la experiencia científica. Se quieren mostraciones más que demostraciones. Apenas se concede nada a las deducciones aunque sean próximas o inmediatas, pero que resultan patencias de segundo o tercer orden. Bergson tan valiente en aceptar los datos de la intuición cosmológica psicológica, mística; tan decidido en afirmar la captación del número o de la realidad como es en sí, asevera no obstante que jamás saldrá del empirismo más escrupuloso, y se detiene ante ciertas tesis como la de la inmortalidad del alma —afirma su supervivencia—, hasta que paulatinamente su intuición vaya explorando el terreno y definiéndose sobre el particular.

Esta filosofía circunscrita a lo experimentable y a las patencias obligaría a los cultivadores de métodos discursivos a aceptar la discusión dentro de los métodos elegidos por los modernos, lo que importaría nuevos esfuerzos y cierta reducción de campos de visión si bien dando al filosofar mayor seguridad y eficacia. Lo vemos hoy mismo en casos como el de Lotz, aceptando las pruebas de la existencia de Dios dentro de la metodología y los campos puramente ontológicos heideggerianos. Con evidente intensidad de luces, siquiera sea con menor horizonte ideológico. Se sacrifica lo fácil a lo arduo y universalmente aceptado. Con ello, evidentemente se ha contraído la filosofía respecto a los tiempos pasados en que la especulación campó por sus aspectos y elaboró deductivamente multitud de tesis. Pero vaya una validez más universal y una aceptación más incontestable por la pérdida de dichos ensanchamientos discursivos. Désele a la filosofía validez para todas las gentes y para todas las latitudes mentales. Sin perjuicio por supuesto de que se cultive donde sea preciso la filosofía discursivista, asistida de la legítimas deducciones.

HISTORIA DE LA FILOSOFIA

Ha sido otro gran avance en la situación actual de la filosofía. Cada vez más en alza, la Historia de la Filosofía está enriqueciendo y fortaleciendo nuestro saber. A su exposición se le conceden tres semestres cuando menos. ¡Tres semestres para contar anécdotas de filósofos! decían algunos indoctos que desconocían la verdadera naturaleza de un saber que va a la ultimidad de las cosas. ¡No! Historia de la filosofía no es historia ni historietas, sino saber histórico-filosófico, que informa desde luego, pero también valora, esto es, ve a la Sistemática sometida a las condiciones del tiempo y el espacio, para precisar cuándo y en qué proporciones las supera pasando a ser suprahistórica. Es «historia» en cuanto comprende los sistemas pasados, y «filosofía» en cuanto los examina y enjuicia en última instancia, según Hegel coronando el saber, el sentir y el representar de la Humanidad en la fase culminante del Espíritu Absoluto, cuspide de todo conocer humano.

Es nueva y gran adquisición en los dominios de la filosofía, un gran enriquecimiento de las mentes que buscan las últimas razones. Es síntesis, orientación, conciencia filosófica, y es a la Sistemática lo que lo telescópico a lo microscópico. Debe saberse no sólo lo que es la realidad y cómo se constituye su verdad (Sistemática), sino cómo marcha esta última en la historia y si es y cuándo es sólo historia (Histórica). Lo he discutido más ampliamente en otro lugar.

De cuanto antecede se deduce, que la filosofía actual, a pesar de las podas que haya ocasionado a la especulación antigua y una cierta inflación que padece ella por ciertos campos culturistas, en su conjunto y tenido en cuenta que no faltan cultivadores de la metafísica que contrapesen las mermas de los agnósticos, goza de buena salud: Progresa indiscutiblemente.

J. IRIARTE.